

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠ Si Scires Donum Dei...

“La Eucaristía es medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, remedio para vivir en Jesucristo para siempre.”

—San Ignacio de Antioquía



Suplicó ayuda del Cielo...

Estanislao Kotska, joven santo, sufrió muchas pruebas y dificultades en su corta vida, algunas de ellas por problemas familiares, especialmente con su hermano. Nuestro Señor, sabiendo que San Estanislao necesitaría una ayuda especial en su vida para cumplir el plan que Él tenía para él, le dio un padrino especial: un sacerdote, quien lo bautizó. El bautismo tuvo lugar el 28 de octubre de 1550 en Rostkow, Polonia. Ese día, Estanislao fue doblemente bendecido y es que después de impartirle el Sacramento, el sacerdote, su padrino, tomó al niño y lo acostó en el suelo, frente al altar del Santísimo Sacramento y lo consagró a Nuestro Señor oculto en la Eucaristía. Este acto de fe y oración influyó grandemente en la vida del santo.

Desde sus primeros años, Estanislao amó profundamente al Santísimo Sacramento del altar, su amor era tan grande que se decía que su rostro resplandecía apenas estaba en presencia de Jesús Sacramentado.

Algunas veces, sus amigos pudieron constatar que cuando oraba ante el Sagrario se elevaba del suelo y flotaba en éxtasis. Esto también le ocurría en la Misa, después de recibir la Sagrada Comunión. Cuando esto sucedía, al salir fuera no podía hablar de otra cosa que no fuera de su amor a Jesús Sacramentado y hablaba con tal dicha y felicidad, que aquellos que lo escuchaban se deleitaban con sus palabras de amor.

Sus peores pruebas comenzaron después de que catorce años, cuando él y su hermano mayor fueron enviados a Viena a estudiar. Su hermano era muy cruel con él. Estanislao era respetuoso y educado, mientras que Pablo solía regresar a casa por la noche borracho. En ese estado, la emprendía contra el menor, golpeándolo y haciendo mofa de su devoción a Dios. Le

gritaba: “¿Para qué rezas tanto? Deberías ir conmigo a las cantinas como otros jóvenes de tu edad.”

Estanislao rezaba por la conversión de su hermano y el amor de Dios le daba la fortaleza no sólo para no odiarlo, sino para amarlo aun más. Este amor provenía de la Eucaristía. Un día, a causa de una golpiza que le dio Pablo, Estanislao no podía probar alimento y eventualmente cayó enfermo, estuvo a punto de morir.

Suplicó ayuda del Cielo. Le rezó a Santa Bárbara para que le trajera a Jesús. Y es que amaba tanto a Nuestro Señor, que anhelaba recibirlo en la Hostia Santa. De pronto vio una luz brillante y dentro de esa luz a Santa Bárbara, acompañada de dos ángeles. Bilinski, un amigo que había estado cuidando de él también tuvo esa visión. Estanislao le dijo: “Arrodíllate, adora al Santísimo Sacramento. Dos ángeles del Señor están con Él y la virgen y mártir Santa Bárbara.” Bilinski atestiguó este milagro con sus propios ojos. Vio a Santa Bárbara que sostenía en sus manos un cáliz de oro y le daba la Sagrada Comunión a Estanislao.

Después de comulgar, Estanislao estaba seguro que Nuestro Señor se lo llevaría al Cielo,



pero Jesús tenía otros planes. De pronto apareció María con el Niño Jesús. Nuestra Señora puso a su Divino Hijo en brazos de Estanislao. Éste pensó que estaba soñando, pero no, ese momento fue real y verdadero porque sostenía y apretaba a su pecho al Príncipe de la Paz. María le dijo a Estanislao que sanaría y al tomar al Niño Jesús, lo alentó para que se hiciera sacerdote jesuita.

Estanislao vivió tres años más, pero su salud comenzó a declinar. Él realmente quería ser sacerdote, un sacerdote jesuita, pero el Cielo había determinado que regresara a Dios. Pasó diez meses más como novicio, creciendo en santidad. Amaba a Nuestro Señor en la Eucaristía como sólo un ángel podría amarlo. También amaba a María Santísima y a todos decía que Ella era su madre. Incluso rezó pidiendo morir un día dedicado especialmente a la Virgen. Y Nuestra Señora respondió sus oraciones, porque el 15 de Agosto, mientras yacía en cama, extenuado por la enfermedad, con ojos llenos de gozo dijo antes de morir: “Veo a la Santísima Virgen y está rodeada de hermosos ángeles”.

Por gracia de Dios y la santidad de Estanislao, su hermano se convirtió. Después de su muerte, Pablo lloró amargamente el haber maltratado a su hermano. La gracia abrió su alma y cambió de vida, incluso ingresó en el seminario. La gente se sorprendía ante la historia, contada por Pablo, de los abusos que éste cometía sobre su hermano menor. Y es que nunca escucharon a Estanislao quejarse. Pronto se dieron cuenta que este joven había sido un verdadero santo, que había sufrido mucho pero amando siempre a todos, especialmente a quienes lo maltrataban, tal como lo hizo Jesús.

La mayor delicia de San Estanislao fue siempre estar cerca de Jesús en el Santísimo Sacramento. Era el Cielo para él. Sin importar cuánto le costara, se mantuvo fiel a Jesús y María en la oración, sin permitir que el odio o la amargura entraran en su corazón. Que este joven santo nos ayude a amar a Jesús Sacra-



Santa Bárbara fue una virgen y mártir cristiana del siglo III y forma parte de la lista oficial del Martirologio de la Iglesia Católica. Según la tradición cristiana, habría nacido en Nicomedia, hija de un Rey sátrapa de nombre Dióscoro, quien la encerró en una torre.

El motivo del encierro fue para evitar que se hiciera cristiana. Pero, durante una ausencia de su padre, Bárbara se convirtió, fue bautizada y mandó construir tres ventanas en su torre, para honrar a la Santísima Trinidad. Cuando su padre se enteró del simbolismo de estas ventanas se enfureció, queriendo matarla. Por eso, Bárbara huyó y se refugió en una peña, donde finalmente fue encontrada por su progenitor y tuvo que enfrentar su destino.

Su martirio fue lleno de crueldad: la ataron a un potro, la flagelaron y la desgarraron con rastrillos de hierro, luego la colocaron en un lecho de trozos de cerámica cortantes y la quemaron con hierros al fuego... Finalmente, el mismo rey Dióscoro la envió al juez, quien la sentenció a muerte por decapitación. Su propio padre fue quien la decapitó en la cima de una montaña, tras lo cual un rayo lo alcanzó, dándole muerte también.

La más antigua representación conocida data del siglo VIII (Santa María la Antigua, de Roma), aparece ya desde entonces asociada al pavo real—símbolo de resurrección e inmortalidad. También es representada con un cáliz, que significa su conversión al catolicismo.

mentado como él mismo lo amó. Que nos alcance la gracia de ser colmados con ese amor divino, sobrenatural, ofrecido en el Santo Sacrificio del Altar.